

El hijo, de Oscar Pantoja

Oscar Godoy Barbosa
Asistente de Dirección
Departamento de Humanidades y Letras

“Retroceder en el tiempo por una razón. Empezar desde ahora, treinta años, empleado; saltar a los veintiocho, mi matrimonio con Sandra; veintiséis, una carrera universitaria sin terminar; veinticuatro, mi primera novia; veintitrés, admitido en la universidad; quince, huida de casa; catorce, mi primera relación sexual con una puta; diez años, el mejor alumno en la escuela; seis, mamá se está peinando frente al espejo, estoy detrás de ella, le saco la lengua creyendo que el espejo sólo me refleja a mí, ella me ve, entiendo que el espejo nos refleja a los dos, siento vergüenza...”

Oscar Pantoja



Más allá de la historia de venganza, maltrato y parricidio, lo primero que salta a la vista en *El hijo*, la novela de Oscar Pantoja, ganadora del Segundo Concurso de Novela Breve para Novelistas Inéditos Alejo Carpentier y editada por la Universidad

Central, son esas frases cortas, directas, sin espacio para la digresión o para la pausa. Frases escuetas, sin adornos, que a pesar de su sorprendente economía son suficientes para delinear con claridad, para sólo referirme al fragmento que acabo de leer, un transcurso del tiempo, una historia personal e incluso un primer esbozo de la psiquis atormentada del protagonista.

No hay en las casi 70 páginas de la obra un instante de reposo. El lector, desde estas primeras líneas, puede llegar a sentirse como si se enfrentara al primer descenso, el más vertiginoso, desde la cima de una enorme montaña rusa. Pero a diferencia de estos aparatos, diseñados para divertir mediante la dosificación del pánico, en esta montaña rusa no hay ascensos cortos para recuperar el aliento, ni curvas panorámicas y suaves, ni caídas leves, ni un tranquilo lugar de destino, donde el sonriente operario y el frenazo final le ponen un término al tormento de la velocidad y el pánico. No. En esta montaña rusa verbal diseñada por Pantoja no hay más que una caída vertical, una sola y terrible sensación de vacío en el estómago, un solo pánico, un solo grito que por la fuerza del viento (del relato) resulta imposible dejar salir de la garganta.

Tras la primera zambullida, y a la vista del abismo sin fondo que lo espera (del que cabe esperar cualquier cosa, por los indicios iniciales), el lector todavía tiene (a la vuelta de la segunda página) una oportunidad: aún es posible apretar la palanca de expulsión, abandonar y dejarse mecer por el paracaídas, de regreso a la vida de todos los días, a las lecturas cómodas, a la seguridad de los lugares conocidos. No tiene mucho tiempo para ello. Si persiste en avanzar, o si definitivamente se considera uno de esos amantes de las emociones fuertes y de la adrenalina en su estado más puro, ya no será posible optar por la evacuación. Ya estará atrapado, indisolublemente, por el abismo. Ya no podrá despegar sus ojos. Ya no podrá parar hasta el inefable punto final, tras una eternidad de frases cortas, de diálogos cortantes, de escenas más o menos brutales, de reflexiones enfermizas.

Porque hay un ritmo imposible de ignorar en esta obra, una inercia, una voz propia, un tono particular, despiadado pero extrañamente envolvente. Reynaldo Monte, narrador y protagonista, es un hombre obsesionado. Lo obsesiona el odio hacia su padre, un oscuro mecánico de autos que cometió el acto irresponsable de arrojarlo en el mundo. Odio hacia su esposa Sandra, degradado por un creciente complejo de culpa y un cierto pánico ante la perspectiva de la separación. Y odio hacia sí mismo, hacia todo lo que es, sólo contrastado por un rabioso, instintivo apego por la vida. El protagonista no piensa en nada más. No se distrae con el paisaje urbano, con las muchachas que caminan por la calle, ni siquiera con los trancones del tráfico o con el cambiante clima de la ciudad. En su cabeza no hay espacio para nada distinto al odio reconcentrado.

Reynaldo Monte es un personaje intenso, de la manera como los jóvenes de hoy utilizan esa palabra. Nada escapa a su particular y mezquina percepción del mundo, a esa forma de captar detalles ínfimos y de encontrar significados siempre en contra suya, ofensivos e hirientes, en los gestos de los demás, aún en los más inocentes y tiernos. Nada es bueno, nada perdura, nada vale la pena. Aun el sexo es herramienta para transmitir desprecio.

La pasión por el cine de Oscar Pantoja se evidencia en la edición y el montaje entrecortado, rápido, de las distintas escenas. El narrador siempre habla en presente, frenéticamente, como si tuviera una cámara al hombro, inestable y capaz de crearle mareos al espectador. Y para avanzar en el tiempo conservando ese manejo del presente, realiza cortes rápidos, saltos en la acción, pasos adelante que permiten ubicar a Reynaldo Monte en una situación determinada (escondido en un hotel, angustiado en una clínica, cerca del taller de su padre), desde la cual reconstruye y trata de interpretar —desde su muy particular punto de vista— los sucesos recién ocurridos, o narra lo que viene a continuación, con la frialdad de un médico forense, sin ocultar detalle.

De la mano con ese ritmo, con esa velocidad y con la acertada utilización de los recursos nombrados, el lector no tiene más remedio que adentrarse en el abismo de Reynaldo Monte, en el relato de unas pocas semanas de su vida, un período crucial pues constituye el momento en que alcanza sus límites, los rebasa e inicia la ruptura con todo aquello que odia tan visceralmente.

Y cuando por fin aparece ante los ojos el espacio en blanco que indica la cercanía del final, o el final mismo de la brutal caída, es el momento para agarrarse muy fuerte del asiento y esperar el impacto. A estas alturas sólo habrá una seguridad: no es posible escapar ileso. Estrellado, maltrecho, el lector se levantará entre los restos de la montaña rusa, preguntándose qué lo forzó a sostenerse allí a pesar de todo. Y la respuesta, una vez más, estará en ese vértigo, en esas frases desesperadas, que más de una vez encierran verdades esenciales para cualquiera de nosotros, y en ese pedido de auxilio que alcanza a escucharse detrás del complejo, obsesivo, contradictorio mundo interior del protagonista.

¿Novela corta? Claro, no cabe duda que si puede leerse en muy pocas horas, y si no pasa de las 100 páginas, se ajusta a esa categoría. Y más aún en este caso, cuando la sensación de vacío obliga a leer más rápido, a devorar página tras página, espoleado por la morbosa curiosidad de saber hasta dónde será capaz de llegar el buen Reynaldo. Pero la intensidad de la experiencia, la desoladora imagen que deja en la memoria, el excelente manejo de la narración y del ritmo, son elementos que cuestionan esa categorización. *El hijo* es una novela corta en extensión, claro, pero larga por las inquietantes huellas que marca en la memoria.

Oscar Pantoja nació en Ipiales, Nariño, en 1971. Su labor creativa ha estado dirigida sobre todo al guión y a la dirección cinematográfica, lo que se evidencia en el Premio Nacional de Cinematografía, en la modalidad de Mediometraje, que obtuvo en 1998 con el trabajo *El último cuento de Edgar Allan Poe*. Así mismo, en 2001, fue premiado en la modalidad de Cortometraje con *Un mal sueño*. Su paso por talleres de escritores como los de la Universidad Central, la Nacional, la Autónoma y el Externado refleja muy bien su otra pasión, la de las letras, en la que desde ya se instala con nombre propio. *El hijo* es su segunda novela.

hojas Universitarias.....